

No eres mi tipo

CHLOE
SANTANA



¿Y si te dijeran que el hombre perfecto no solo no existe, sino que vas a volverte loca por el tipo equivocado? Para una romántica empedernida como Ana, eso es difícil de creer. Pero Ángel va a demostrarle que las apariencias, a veces, engañan.

Querido Diario:

Esta soy yo: torpe, bocazas y experta en meterme en líos. Mi psicóloga dice que hay que tomarse la vida con humor, pero sinceramente no le veo la gracia a que mi novio de toda la vida me haya dejado por otra. O a que mis padres vayan a divorciarse después de treinta años juntos. ¿El mundo se ha vuelto loco? ¿Es que ya nadie cree en el amor? Pero ey, no pienses que mi vida es tan mala. Tengo un gato llamado Apolo, escribo en mis ratos libres y acabo de encontrar un empleo como secretaria del señor Mis Simpatía. Lo de Mis Simpatía es ironía, por supuesto, porque mi jefe es un tipo serio, frío y me da a mí que un poco amargado. ¡Y está como un queso! Cada vez que no repara en mi existencia –la mayor parte del tiempo–, me quedo observándolo con cara de placer. ¿El único problema? Además de tener novia, me mira como si yo fuese el bicho más raro del planeta. ¡Qué se le va a hacer! De ilusiones se vive...

¿Y si te dijeran que el hombre perfecto no solo no existe, sino que vas a volverte loca por el tipo equivocado? Para una romántica empedernida como Ana, eso es difícil de creer. Pero Ángel va a demostrarle que las apariencias, a veces, engañan.

Me llamo Ana, tengo veinticinco años y soy una pringada. Esta es mi historia.

*Para aquellos lectores que me siguen desde mis
inicios, Gracias por seguir confiando en mis
historias. Sois los mejores.*

1

Mi amigo Pepe

Querido Diario,

Tengo un montón de cosas que contarte. ¡Qué fuerte! ¿Verdad? Ni siquiera nos hemos presentado, y ya te estoy atosigando con mis problemas. Por cierto, perdona por las pegatinas de Hello Kitty con las que he adornado tu tapa. Últimamente no llego a fin de mes, así que he tenido que reciclar un cuaderno cutre comprado en los chinos, te he tuneado con papel de regalo color fucsia y pegatinas de cuando iba al instituto. Lo sé, soy lo peor. Sobre todo porque en mi mente, y no sé por qué, eres un hombre.

Te preguntarás qué hago a mis veinticinco años escribiendo un diario, pero todo tiene una explicación. La explicación se llama Raquel, y no es mi novia por mucho que a mi abuela le haya dado por pensar a estas alturas que soy lesbiana. Raquel es mi psicóloga desde que Raúl, mi exnovio, ese traidor de mier... vale, vale, ya me calmo. Raquel es mi psicóloga desde que me encontré en un momento de bajón de esos con chokolatinas, quilos de más y mucha mala leche.

Últimamente mi vida no tenía rumbo. «Eres como un barco a la deriva buscando quien lo guie», suele decir Raquel. Le gusta ponerse filosófica mientras me aconseja con cara de intensa, y yo finjo como una niña buena que

voy a acatar sus consejos, aunque las dos sabemos que no.

El caso es que Raquel me dijo que tenía que buscar otras metas. Trazar nuevos planes. Porque según ella, estoy estancada en el pasado, y nada cambiará a no ser que yo le dé un empujoncito.

«Busca nuevas amistades, haz algo que te guste, encuentra la motivación necesaria para salir de ese estado de aletargamiento que solo te lleva a estar deprimida. Cambia de camino y márcate otros horizontes».

Así que, por primera vez y tras invertir más de trescientos euros en terapia, decidí hacerle caso. Ni corta ni perezosa, y en un arrebato de esos que luego te arrepientes, echas la vista atrás y gritas; *¿Por qué, Señor?*, dejé mi trabajo como cajera de supermercado, pisé una mierda de camino a casa y me dispuse a escribir un diario.

¿Qué por qué dejé mi trabajo? Porque mi jefe es un viejo baboso y malhablado, que cada vez que se acercaba a mí era para tocarme el culo o gritarme lo inútil que soy.

¡Un año, dos meses y seis días son lo que he aguantado en semejante trabajo de jornada completa y salario basura! ¿Y todo para que en uno de mis arrebatos haya decidido renunciar al trabajo, y por consiguiente al paro?

¿Te he dicho ya que necesito urgentemente un empleo? ¿O que soy un desastre?

Como supondrás, no suelo pensar mucho las cosas antes de actuar. Por eso siempre me han llamado *Ana la bocazas*, y por algo mi mentalidad idealista me llevó a estudiar Derecho. Derecho a la puta calle. Derecho al paro.

Raquel también me aconsejó que hiciera nuevos amigos, consejo que seguí a medias porque aquello de arruinarlo todo es mi gran especialidad. Así que decidí buscar un confidente. Alguien a quien contarle mis penas sin tener que pagar cincuenta euros la hora.

¡Y te encontré a ti! ¿No te parece fabuloso? Ya sé, ya sé lo que estás pensando... por supuesto que es un coñazo

escuchar los problemas ajenos sin que te paguen, pero yo necesito fervientemente que alguien me diga qué he hecho mal en la vida. Un confidente que no me regale miradas censoradoras si le cuento mis miserias.

¿Hacia dónde voy? ¿Por qué he abandonado mi trabajo si no tengo donde caerme muerta? ¿Por qué nadie me quiere? ¿A qué huelen las nubes?

La crisis de ansiedad –motivada porque a principios de mes poseo la increíble cantidad de ciento veinte euros con treinta y tres céntimos para sobrevivir–, hizo que llamase a Raquel a las cuatro de la mañana en busca de respuestas.

–¡Raquel, la he cagado! –lloré desconsolada, mientras retorció el cable del teléfono de manera histérica.

Oí un suspiro de agotamiento al otro lado.

–Ana, ¿sabes qué hora es? –respondió de manera cortante.

–¡Estoy fatal, he dejado el trabajo y no tengo con qué pagar el alquiler! ¿Sabes que lo único que tengo en la nevera es una barra de choped y yogures desnatados? ¿Hay algo más triste que un bocadillo de choped para cenar?

Raquel se quedó en silencio durante un instante, probablemente asimilando lo que acababa de contarle.

–¿Cómo que has dejado el trabajo?

Bien, pasábamos del choped e íbamos al grano.

–Pues que he seguido tu consejo. Quiero encontrar nuevos horizontes y...

–A ver... a ver... –carraspeó incómoda–, yo no te he aconsejado que cambiaras de trabajo. Al menos, no hasta que encontrases uno mejor. Que no está la cosa para tirar cohetes, y en tu situación...

–¡Debería haberlo pensado antes!

–Exactamente –concluyó.

–¡Pero Raquel, qué hago!

–Encontrar otro trabajo, y cuanto antes mejor.

¡Qué tía más lista!

–Pero si encontrar el trabajo de cajera en el supermercado me costó una barbaridad... –suspiré deprimida.

–A ver, Ana, ¿qué hemos hablado? Nada de venirse abajo en momentos cruciales. Debes ver esta situación como una oportunidad. Si luchas, te pasarán cosas buenas. Creer que la vida te va a tratar bien solo porque eres buena persona...

–Lo sé... lo sé...

–Para empezar, mañana vas a redactar de nuevo tu currículum y vas a salir a buscar trabajo. Quiero que te recorras todas las calles de la ciudad, y que no tires la toalla hasta que alguien te dé una oportunidad, ¿de acuerdo? No volverás a casa sin haber conseguido una entrevista.

Visto así, parecía fácil. ¿A qué me hacía yo psicóloga para ofrecer consejos de mierda a la gente?

–¿Y qué pongo yo en mi currículum? ¡Si desde que salí de la universidad solo he encontrado empleos basura!

Sentí como Raquel ponía los ojos en blanco a pesar de que no podía verla.

–Ay Ana, miente un poquito. Todo el mundo lo hace –respondió, como si fuera lo más evidente del mundo.

–Vale... vale...

–Recuerda lo que te he dicho; esta puede ser una gran oportunidad para cambiar de aires. Para conocer gente nueva, para encontrar un trabajo que te llene. ¿Has pensado en eso de apuntarte a algún curso que te interese para conocer gente?

–De hecho, he conocido a alguien –dije, y me arrepentí de inmediato.

¿Pero por qué se me iba la pinza de aquella manera? ¿Qué necesidad tenía yo de mentirle a una persona a la que pagaba por escuchar mis problemas?

–¿En serio? ¡Eso es estupendo! ¿Y cómo se llama?

Observé con aire dubitativo el diario cubierto de pegatinas.

–Se llama Pepe, y es gay.

Tal vez dije lo de gay porque leía mucho el *Cosmopolitan*, y aquello de tener un amigo homosexual me parecía algo muy *cool* para una chica del siglo veintiuno. O por el color fucsia, quién sabe.

—Bueno Ana, recuerda lo que he dicho: sé positiva, sal a comerte el mundo, y miente un poquito en el currículum, que todo el mundo lo hace. Por cierto, la próxima consulta te saldrá gratis, ¿de acuerdo?

Raquel colgó, y yo pensé que debía de resultarle el ser humano más deprimente y perdido en el mundo si me regalaba una consulta.

Por cierto, Pepe, lo siento. Espero que te guste tu nombre. Te juro que no ha sido con maldad, pero cuando no lo pienso, soy una bocazas que intenta agradar a todo el mundo. Por ejemplo, a Raquel. O a mis padres.

Oye, ¿sabías que mis padres van a divorciarse? ¿No te resulta increíble? A ver, que no es por meterme donde no me llaman. Pero... a estas alturas...

A veces pienso que el mundo se ha vuelto loco y ya nadie cree en el amor. Porque cuando contemplaba a mis padres, lo hacía con la envidia de desear algo parecido para mí. A ver, entiéndeme. Un tipo calvo y con barriga cervecera como mi padre no es lo que pido por navidad, pero sí una de esas relaciones duraderas, repletas de cariño, respeto y lealtad. Y de repente, van y deciden divorciarse. Tras treinta maravillosos años de matrimonio y una hija bien criada. A mi hermano ni lo nombro, pues no nos tragamos.

¿Qué les pasa por la cabeza a unos señores de cincuenta y tantos años para poner punto y final a una relación tan larga?

De repente, pienso en las palabras de Raquel cuando le conté lo mucho que me había afectado la decisión de mis padres de divorciarse. Según ella, mi estado de ánimo se debe a la verdad indiscutible de que soy una persona demasiado cómoda que jamás mueve un dedo para cam-

biar su situación. Te lo traduzco: un mojón pinchado en un palo.

Echo la vista atrás y recuerdo, todavía con cierto resquemor, que hace siete meses Raúl me dejó por otra. Llevábamos juntos desde los dieciséis años, ¿a qué no hay derecho? Tras más de nueve años juntos, es evidente que yo me merecía mi *felices para siempre*. Al menos, lo era para mí y todo aquel que nos conocía. Pero algo debió hacer *clic* en Raúl, que de la noche a la mañana se apuntó al gimnasio, perdió seis kilos y no dejaba de mirarse en el espejo. Además, encontró un buen trabajo tras más de tres años parado en los que, por supuesto, yo pagué todos sus caprichos. Incluido el implante capilar para el que estuve ahorrando un verano entero. Y todo para que el cuerpo, la melena Pantene y el empleo nuevo se lo llevase otra.

Sí, todavía estoy resentida.

Sus últimas palabras antes de dejarme fueron: *Ana, ya no puedo más. Siento que estamos estancados, y si me quedo contigo, jamás haré algo con mi vida. Lo siento, pero ya no te quiero.*

Y así, sin más, se largó para no volver.

Luego me enteré que llevaba meses engañándome con otra. Y todas aquellas horas de gimnasio, las miraditas furtivas al teléfono móvil y las ganas de buscar trabajo por primera vez en meses comenzaron a tener sentido. Uno muy desagradable que me llevó a pensar que, tal vez, la razón de que a Raúl le fueran las cosas mejor era que yo ya no estaba en su vida.

Mientras estoy escribiendo estas líneas, mi gato Apolo se acerca de manera sigilosa para buscar su ración de mimos. Le acaricio la coronilla y una lágrima triste se desliza por mi pómulo. No sé qué es más penoso, si seguir llorando por aquello que ya no es mío, o ponerlo por escrito para que nadie excepto yo pueda leerlo.

Maca, mi compañera de piso, acaba de preguntarme si quiero una tarrina de helado. Nos debatimos entre ver *Scandal* o *Sexo en Nueva York*, y al final, con todo el dolor de mi corazón, le digo que paso del helado porque no quiero saltarme la dieta. Ella se encoge de hombros y se sienta a mi lado, preguntándome si la veo más gorda. Me mira y hunde la cuchara en el helado de vainilla y nueces de macadamia. Por supuesto, respondo que no a pesar de que es mentira. Para eso están las amigas. Aunque, se le está poniendo un culo más grande que el de Kim Kardashian.

¡Mira, ahí está Carrie! ¡Qué monada de conjunto acaba de sacar!

En fin Pepe, mañana será otro día.

2

¡Ana 1, el mundo 0!

Querido Pepe,

¡Tengo un noticia que dartte!

¿Cómo puede la vida resultarme tan deprimente un día, y al siguiente creer que estoy preparada para comerme el mundo y lo que se me ponga por delante?

¡He encontrado trabajo! ¡Toma ya! Y en cuestión de menos de veinticuatro horas, lo que me anima a afirmar fervientemente que lo mío era un talento desaprovechado.

Pero, vayamos por partes. Voy a contarte qué ha sido de mi día de hoy, y cómo he conseguido pasar de ser una desempleada más, a una curranta con salario digno.

Tal y como me aconsejó Raquel, lo primero que hice por la mañana fue escribir un nuevo currículum y mentir un poquito, como haría cualquier hijo de vecino desesperado por conseguir un nuevo empleo.

No obstante, lo de mentir se me fue de las manos. Me suele suceder con frecuencia, qué se le va a hacer. Me emociono, doy rienda suelta a mis dotes creativas de escritora frustrada, adorno mi vida con la emoción que le falta y... ejem...

Ahora soy Ana María De la Rosa, hablo inglés y francés fluidamente, y tengo una larga trayectoria profesional en dos empresas que no existen. Como quería reinventarme,

he decidido omitir mis empleos en Burguer Lola y el supermercado de mi barrio, en pos de una gran experiencia en recursos humanos, liderazgo y don de gentes. Los veranos los paso en Kenia como voluntaria, construyendo aldeas para niños en riesgo de exclusión social. Y además, domino el suajili a la perfección.

Lo sé, tengo un grave problema de distorsión de la realidad.

Maca, que desayunaba a mi lado, me arrancó el folio de las manos y comenzó a llorar de la risa al leer todas mis mentiras.

–Pero Ana, ¡a ti se te va la pinza! –se descojonó.

Furiosa, intenté recuperar mi obra de arte.

–¿Cómo se dice en suajili: «soy una mentirosa que ha trabajado friendo hamburguesas»?

–Todo el mundo miente un poquito en su currículum –me defendí irritada.

Maca dejó el papel de la discordia sobre la encimera de la cocina y sacudió la cabeza, sonriendo.

–Tú no has mentido un poquito, te lo has inventado todo. ¿Y si te pillan?

–Seguiré en el paro. Peor no me puede ir, Maca –intenté hacerle ver.

Se puso en pie, me arrastró de la mano hacia el espejo más cercano y me obligó a enfrentarme con mi reflejo. Para ser sincera, no estaba tan mal como yo me esforzaba en creer. Tenía unos ojos bonitos, una figura aceptable y el pelo rizado color rubio ceniza. Un pelín de cartucheras, una nariz aguileña y un grano gigantesco en la frente.

¡Quita bicho!

De verdad, ¿por qué Dios no me había concedido la apariencia de Claudia Shiffer para soportar mi mierda de vida con un poco de dignidad?

Eso de que la suerte de la fea la guapa la desea es mentira. Al menos en mi caso.

—¿De verdad vas a ir así vestida? Ana, arréglate más. Desde que Raúl te dejó, parece que te empeñas en ser Miércoles de La familia Adams —dijo, señalando mi vestuario negro.

A decir verdad, parecía que estaba a punto de asistir a un funeral. Llevaba el cabello recogido en una coleta deshecha, e iba ataviada con una americana, camisa y pantalones negros. Un *look* sobrio y triste. Tan triste como mi vida en aquel momento.

Qué deprimente, Pepe.

Veinte minutos más tarde, salí del apartamento vestida por obligación con una falda de tubo hasta la rodilla en color crema, una blusa cereza y una americana del mismo tono. Ropa cortesía de Maca, que tenía mucho más gusto que yo a la hora de elegir estilismo.

Me pateé toda la ciudad en busca de anuncios laborales o alguna posible entrevista, y dejé copias de mi currículum en aquellas empresas que permitían la recepción en mano, pues la amplia mayoría los aceptaba por Internet.

Era la una del mediodía cuando, desesperada, me senté a descansar en un banco a sabiendas de que regresaría a casa sin un trabajo. ¿Qué esperaba? ¡Había millones de parados en España y yo no tenía nada de especial para que me tuvieran en cuenta!

Y de repente, lo vi. O mejor dicho, los vi. Hacía meses, desde que él me había dejado con aquellas palabras tan frías, que no había vuelto a cruzármelo por la calle. En busca de una explicación, lo llamé varias veces hasta que cambió de número y tuve que admitir que lo nuestro estaba muerto para siempre.

Raúl, colgado del brazo de aquella chica con la que salía en sus fotos del facebook. Porque yo era tan patética que, por las noches, me martirizaba a mí misma espionando sus redes sociales con cara de querer asesinar a alguien.

No voy a negarlo, la chica era atractiva. Mucho más alta que yo, con una melena lisa y oscura y una tez morena que me hacía replantearme aquella oferta de rayos uva que me habían dejado en el buzón. A pesar de que fingí mirar el móvil para que no me vieran, y supliqué con todas mis fuerzas que pasaran de largo, Raúl le susurró algo al oído y los dos se acercaron hacia donde me encontraba.

¿Por qué se empeñaba el muy cretino en restregarme su nueva vida mientras yo aún trataba de enderezar la mía?

—¡Ana, qué de tiempo! —me saludó, separándose de su nueva novia para darme dos besos, pensárselo mejor y acabar el saludo con un torpe apretón de manos.

Me trastocó que una relación con tanta confianza como la nuestra, se hubiera distanciado de forma tan penosa en cuestión de meses. Allí estábamos los dos, sin saber cómo comportarnos el uno con el otro.

—Hola —respondí cortante, recogiendo mis cosas para salir de allí cuanto antes.

Dolía, tanto que era incapaz de disimularlo delante de ellos. Su chica pareció darse cuenta de mi malestar, tuvo la delicadeza de cogerlo del brazo y dedicarme una sonrisa compasiva.

La odié. La odié por no ser la víbora que me había arrebatado a mi novio, pues por mucho que durante algún tiempo lo hubiera creído así, a mí aquella mujer no me debía ningún tipo de lealtad. Raúl, sin embargo, era un traidor de la peor calaña.

—Espero que las cosas te vayan bien. Quería llamarte algún día de estos, pero no he tenido tiempo.

¿Qué no había tenido tiempo? Había cambiado de móvil, me había enterrado en el baúl de los recuerdos, y ahora tenía la poca vergüenza de fingir preocupación por mí.

¡Desagradecido! ¡Infiel!

Qué herida me sentía. Cuánto dolor tuve que tragarme antes de agarrar mi bolso, y responder en tono neutro:

–Pues sí, me va genial. Acabo de encontrar un nuevo trabajo de lo mío –mentí, sin saber por qué tenía la necesidad de fingir que las cosas me iban de maravilla.

Tal vez, porque no podía soportar que él se viera mejor que nunca.

Raúl dijo que aquello era estupendo, pero no oí lo siguiente que dijo, pues aceleré el paso tragándome las lágrimas, y jurándome a mí misma que no me iría de allí hasta obtener una oportunidad. Un empleo. Una maldita entrevista.

¿Cómo podía lucir él tan bien? ¿Tan joven? ¿Tan delgado? ¿Y yo tan... tan... patética?

Todo el mundo se renovaba, conseguía sus metas y encontraba un camino excepto yo. Maca, tras bastante tiempo, había conseguido un empleo de lo suyo. E incluso el imbécil de Raúl, que jamás había tocado un libro, acababa de colocarse en una buena empresa. Y yo, que me había licenciado en Derecho con unas notas aceptables, iba dando bandazos por la vida, conformándome con empleos miserias y fantaseando con que Raúl regresaba a mí suplicando de rodillas.

Quizá el problema radicaba en que había trazado mi vida entorno a él, así que cuando me dejó no tenía plan «b» al que aferrarme. Y todo para acabar teniendo conversaciones anodinas en mitad de la calle, con él cogido de la mano de otra y conmigo tratando de soportar las ganas de llorar hasta que se desparramaban por todas partes.

Llorando a mares, me tropecé con un tipo que se estaba fumando un cigarrillo a las puertas de una oficina. Muñité una disculpa, y él me miró con gesto avinagrado. Pero tuve que darle la suficiente lástima, pues recogió mi bolso del suelo y me lo entregó con una sonrisa forzada.

–¿Un mal día? –preguntó, apurando la última calada.

–¿Malo? ¡De lo peor! –exclamé, todavía conmocionada por un encuentro para el que no estaba preparada.